

control directo —o visible— del aparato soviético; y que, sin embargo, pueden ser —en calificados acaeceres de la política de un país o de la política internacional— factores influyentes cuando no determinantes en el éxito absoluto de la acción de Rusia.

El marxismo y la sociedad autocrítica, Europa y el fenómeno bolchevique, la ideología como coartada, el marxismo y totalitarismo, Checoslovaquia o la conquista silenciosa, constituyen varios de los capítulos de esta obra que disecciona el aparato de expansión del marxismo-leninismo a través de la URSS.

Por su experiencia personal, el doctor Montiel aporta una ineresante información sobre la lucha del partido comunista español en el exilio contra el régimen del Generalísimo Franco. Asimismo, la proyección internacional no sólo de la KGB sino de otros departamentos de la URSS en una característica básica del sistema como es la expansión internacional. En el que juega un papel tan destacado el importantísimo departamento internacional del Comité Central frente al cual figura hoy el antiguo embajador de Rusia en los Estados Unidos, Anatoly Dobrynin. Notable ascenso en la carrera de un agente soviético, como dice el doctor Montiel. Se supone que los Estados Unidos y el Occidente han pagado las costas de una labor, entre legal y secreta, en la que Dobrynin ha podido reunir tan grandes méritos.

ANGEL MAESTRO

**Javier Nagore Yáñez: VERSOS DE CUMBRES III
Y NUEVOS DIALOGOS "AL OTAMENAR" (*)**

El amor a la montaña se ha reflejado muchas veces, por vías diversas, en la literatura. Un cauce han sido las novelas con tema de escaladas alpinas, de las que fue conocida e inolvidable muestra *El primero de la cuerda*; otro, el de los libros-reportaje sobre ascensiones de alta montaña, que nos han legado testimonio de la conquista de las principales cimas del mundo. Pero de antiguo el montañismo ha dado también temas a la poesía, y fueron varios los montañeros que narraron en verso sus vivencias. Un ejemplo glorioso cabría acaso verlo ya, en los albores de la literatura española, en el Arcipreste de Hita, nada menos, que en su inmortal *Libro de Buen Amor* nos brinda el atrayente relato de sus andanzas por el Guadarrama. Pero otros varios

(*) Pamplona, 1988, 361 págs.

poetas andariegos han narrado también, en todos los tiempos, sus experiencias. Uno de ellos, en nuestros días, es Javier Nagore.

La personalidad de Nagore como jurista navarro es bien conocida. Notario de Pamplona, vocal de la Comisión General de Codificación (en la que representa a Navarra), civilista prestigioso y foralista de pro, fue uno de los autores de la *Compilación del Derecho civil de Navarra o Fuero Nuevo*. Su producción jurídica es considerable y traduce unas inquietudes no limitadas al ámbito del Derecho privado, pues ha entrado también en el campo del Derecho público y de la historia política contemporánea. Cabe así afirmar que Nagore se sitúa en esa noble línea de notarios españoles que han cultivado temas sociales, políticos, históricos y filosóficos, en la que figuran tantos nombres de relieve, desde el de Joaquín Costa en el siglo pasado hasta el de Vallet en la hora presente.

Pero si en sus vertientes de jurista y escritor es suficientemente conocido, Nagore lo es acaso menos en otras dos que, sin embargo, son esenciales en él: la de poeta y la de montañero. Desde su primera juventud y a lo largo de toda su vida, Nagore ha sido fiel a una vocación montañera profunda que le ha llevado a «hacerse» los picos más importantes de España y algunos de Iberoamérica. El recuerdo de sus ascensiones y de sus excursiones lo condensó frecuentemente en poemas. Muchos de ellos —casi un centenar— los dio a conocer con sus dos primeros volúmenes de *Versos de cumbres*. Ahora nos ofrece un tercer volumen, con cuarenta y ocho poemas más, que continúa, enriqueciéndola (no quiero decir «cerrándola»), esa serie de versos testimoniales.

Todos los poemas contenidos en el libro relatan escaladas y andanzas por la montaña. La obra es, al decir de su autor, «no la de un poeta —el cual no tiene más remedio que escribir poesía—, sino la de un montañero que traduce en versos informales su amor a la montaña y a las cumbres». Creo, frente a su propia opinión, que los casi ciento cincuenta poemas publicados revelan a un auténtico poeta. Y, además, de calidad. Sus versos son de métrica variada —que abarca desde las rimas más clásicas hasta el verso libre—, pero siempre elegantes. Traslucen tanto la amplia cultura del autor como su sensibilidad hacia la naturaleza. En sus escaladas, Nagore ha captado la grandeza del paisaje, ha percibido y saboreado su cromatismo, y después lo ha evocado con deleite y fidelidad —a veces también con nostalgia— en estos versos de cumbres.

La pluma de Nagore nos traslada, así, a varios de los lugares más bellos de nuestra geografía y de la americana, desde el aragonés Valle de Ordesa (inolvidable para quien lo haya recorrido alguna vez) hasta el gigante americano Irazú (cuya cima permite contemplar a la vez el Pacífico y el Caribe), pasando por numerosos picos del Pirineo. Los versos que relatan las escaladas se completan con amplias notas en prosa, en las que Nagore, con amenidad y brevedad, proporciona datos geográficos, apunta toponimias, refiere anécdotas, evoca a otros montañeros que con él compartieron gozos y fatigas, e incluso reflexiona sobre el sentido sobrenatural de las ascensiones.

Ese sentido sobrenatural, por cierto, se revela reiteradamente, tanto en los versos como en la notas. En unos y otras hay, en efecto, frecuentes testimonios de fe. La fe no es ciertamente rara en los montañeros (entre los que hubo varios papas, uno de ellos el actual), porque el montañero tiende a acercarse al cielo a través de las escaladas y busca a Dios en el silencio de las montañas, admirando su obra desde las cumbres. Y Javier Nagore, que vive esa fe, la confiesa abiertamente: «a mí no me cabe duda —afirma en una de sus notas— de que Dios parece acercarse a nosotros en las montañas. En el silencio y en la altura nos sentimos cercanos a El». «El alma montañera —escribe también— quiere cumplir el mandato, deseo de Dios, a Moisés, en el Sinaí: *ascende ad me in montem et esto ibi*».

El mismo sentido sobrenatural descubre su poema *Adiós al amigo muerto en la montaña*:

«¿Qué muerte mejor
que tu muerte súbita,
tan cerca del cielo,
tan cerca de Dios?».

Y en la misma línea está un epitafio que transcribe, encontrado en un lápida situada en un cima, que evocando la muerte de cierto montañero joven dice: «Que su alma escale la paz del Señor».

El libro incluye en su última parte algunos nuevos *diálogos «al otamcnar»* (es decir, en la comida de media mañana en Navarra), escritos seguramente con fidelidad a la realidad y, desde luego, con sentido del humor. Ciérrase el volumen con un *Vocabulario navarro* de algún interés filológico, que abarca desde las voces populares más usadas en Navarra hasta los términos jurídicos forales incorporados al *Fuero Nuevo* y a sus recientes leyes de reforma. La obra está dedicada a un romancista eminente.

re, de estirpe, por cierto, de poetas, y hoy muy vinculado a Navarra: el profesor Alvaro d'Ors.

En el panorama bibliográfico actual, pródigo en libros de escasos valores estéticos y éticos, el de Javier Nagore parece traernos un aire sano, como el de las cumbres a las que él tantas veces ascendió a lo largo de su vida y tantas veces cantó a través de sus versos.

JOSÉ M.^a CASTÁN VÁZQUEZ.

Miguel Arazuri: LA MUJER DE ROQUE BRAVO (*)

«Miguel Arazuri» es el seudónimo de Carmela Gutiérrez de Gamba, inteligente e infatigable amiga y colaboradora de Speiro, q. s. G. h., autora de esta novela, ahora pulcramente presentada por Ediciones Palabra.

Su trama es ingeniosa, y como tal, atractiva y recreativa; muy bien llevada en capítulos cortos con diálogos fluidos. Antón Mendoza, hombre de agitada vida, muere asesinado en Madrid. Se atribuye el crimen a su esposa, pero el jurado la considera inocente. Aunque recobra la libertad, la ira popular la persigue y todas las puertas se le cierran. ¿Por qué Roque Bravo, que presencié la tumultuosa vista de Audiencia, le ofrece su protección?

La trama del relato nos lleva a un antiguo pazo en tierras gallegas, donde la hija de Roque Bravo oculta un misterioso pasado, un enigma trágico.

Terminada rápidamente la lectura de esta estupenda novela, su meditación nos lleva, por encima de sus cuestiones concretas, a la estimación de este género literario como parte de nuestras buenas costumbres y alimento de nuestra civilización cuando lo cultivan personas tan seriamente religiosas como «Miguel Arazuri». Una novela bien hecha y decente no necesita arrastrar exhortaciones ni monsergas para ser fuente de bienestar y de natural edificación para sus lectores y sus familias. El costumbrismo que en ésta se cultiva muy bien es honesto esparcimiento y réplica ejemplar para los que dicen que no hay diversión sin pecado.

Apuntamos esta idea en el umbral de la reedición, esperada, de otras novelas análogas de la autora, cuya obra global es una incitación al estudio de los aspectos constructivos de la novela española contemporánea y limpia.—A. R. G.

(*) Ediciones Palabra, Madrid, 1989, 4.º, 257 págs.